

Hugo Bouter

Las palabras de Cristo desde la cruz

Lucas 23; Juan 19

El testamento de nuestro Señor

Por lo que puede deducirse de los evangelios, hay siete palabras que Cristo dijo mientras colgaba de la cruz. Tres de ellas fueron pronunciadas antes de las tres horas de oscuridad, y tres se dijeron después.

Durante las tres horas de tinieblas – casi al final – escuchamos el amargo grito del Salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27:46; Mc 15:34). Al citar estas palabras del salmista, el Señor expresó el insondable sufrimiento del abandono de Dios, el cual le afligía a causa de nuestros pecados.

Estas siete declaraciones constituyen, en cierto sentido, la última voluntad y el testamento espiritual del Salvador moribundo. Las tres primeras palabras de la cruz en particular son un testimonio especial del valor y el poder de la obra de Cristo. En ellas oímos cuáles iban a ser las consecuencias que traería la Pasión, de las que también dan testimonio las epístolas del Nuevo Testamento. Vemos aquí las riquezas espirituales que Él nos ha legado en virtud de Su obra terminada.

Bendiciones especiales

Las bendiciones especiales que se nos conceden en virtud de Su muerte, son tres:

1. El perdón de los pecados, de acuerdo con la oración del Señor al Padre en Lucas 23:34.
2. Un lugar en el paraíso celestial, de acuerdo con la promesa de Lucas 23:43.
3. Un lugar de amor solícito en la «casa» de Dios aquí en la tierra, según las instrucciones de Juan 19:26-27.

La última voluntad del Salvador habla de los bienes espirituales recibidos por los suyos en base a Sus sufrimientos y muerte expiatoria. Él es el testador y dispone el pasado, el presente y el futuro de todos los que le pertenecen. Así, vemos en un orden ligeramente diferente, que:

1. En cuanto al pasado, hemos sido lavados de nuestros pecados por Su preciosa sangre. Tenemos el perdón de los pecados.
2. Con respecto al presente, Él nos concede un lugar de seguridad entre la familia de los hijos de Dios.
3. En cuanto al futuro, el paraíso de Dios en el cielo está abierto para nosotros. ¿Qué más podríamos desear?

Padre, perdónalos

Es conmovedor que la primera palabra que Cristo pronunció en la cruz fuera una oración por sus enemigos. No fue una oración para vengarse de los pecadores que lo habían clavado en el maldito madero, sino una oración de perdón para ellos. Incluso en esta terrible situación, el corazón del Salvador estaba lleno de amor y misericordia por los pecadores perdidos, que Él quería buscar y salvar. Rezó al Padre por el perdón del mal que le habían hecho, el Hijo amado del Padre.

Si no lo hubiera hecho así, sin duda habría seguido un juicio devastador. Pero aún no era el día de la venganza. La ira del cielo no golpeó a un mundo culpable, sino a Aquel que estuvo dispuesto a convertirse en el Portador del Pecado y a ir a la muerte por los pecadores hostiles. Es precisamente el fruto de la obra de expiación de Cristo el que nos ofrece ahora este perdón divino. Al fin y al cabo, Él había venido para que su sangre – la sangre de la nueva alianza – se derramara por muchos para la remisión de los pecados (Mt 26:28).

Así que no hay retribución, ni venganza, sino perdón, porque Cristo ocupó nuestro lugar en el juicio divino y estuvo dispuesto a morir por nuestros pecados. La

predicación del apóstol Pedro en el día de Pentecostés puede considerarse el cumplimiento de esta oración. Cristo oró pidiendo perdón para sus enemigos, y en respuesta Pedro pudo ofrecerles ese perdón. Lo hizo como un enviado y testigo que actuó en nombre de Dios. Sin embargo, había una condición que cumplir: el pueblo tenía que arrepentirse y bautizarse en el nombre de Jesucristo «para el perdón de los pecados» (Hch 2:38). En Hechos 3:17, el apóstol añade que habían matado al Señor por ignorancia, lo que se corresponde totalmente con las palabras de Cristo: «(...) porque no saben lo que hacen» (Lc 23:34).

Esta buena noticia del perdón de los pecados es una parte esencial del mensaje evangélico. La encontramos en la gran comisión de Mateo 28 y Lucas 24, en la predicación del apóstol Pedro en el libro de los Hechos y también en la predicación del apóstol Pablo. En cuanto Pablo comienza su labor misionera, leemos sobre ella (Hch 13:38-39). También en las cartas a los Efesios y a los Colosenses, él menciona concretamente el perdón de los pecados y lo cuenta entre las más altas bendiciones del cristiano (Ef. 1:7; 4:32; Col. 1:14). Pero no debemos olvidar que esta bendición es el resultado de los insondables sufrimientos que el Señor soportó en la cruz del Calvario.

Hoy estarás conmigo en el Paraíso

La segunda palabra de la cruz incluye la promesa de un lugar en la gloria celestial: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23:43). El Señor habla con autoridad divina. La palabra «ciertamente» o «en verdad» significa: «Amén». No hay duda acerca del cumplimiento de esta promesa. Aunque Cristo fue crucificado en debilidad, ahora vive por el poder de Dios. Lo que promete, también lo cumple.

De este importante versículo pueden extraerse varias conclusiones:

1. No es necesario ningún intervalo de purificación y limpieza antes de que un creyente que ha partido pueda alcanzar la felicidad del cielo. Al fin y al cabo, el Señor le dice al malhechor que ese mismo día iba a estar con Él en el paraíso. Por cierto, el sueño de la muerte solo concierne al cuerpo, que descansa en la tumba hasta el día de la resurrección. Esto también refuta la doctrina del llamado sueño del alma, que afirma que los santos que han muerto están en una especie de «estado adormecido» hasta el día de la resurrección.
2. Los que se han dormido en Cristo, ya están en su presencia inmediata y son conscientes de ello. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» fue la promesa que hizo el Señor al malhechor que creyó en Él. Este hombre esperaba la llegada del Reino

mesiánico. Creía que el Señor era el Rey de los judíos y que Dios le entregaría Su reinado a su debido tiempo, en el que también tendrían cabida los santos resucitados. Esperaba contar con el favor del Rey, pero recibió algo mejor: un lugar en el paraíso de Dios, donde ya podía reclinarsse en la presencia del Señor.

3. En Lucas 16 se sigue hablando de este lugar como «el seno de Abraham», pero entonces el Señor aún no había terminado su obra en la cruz. Después de resucitar y haber sido glorificado a la derecha de Dios, Abraham – el padre de todos los creyentes – ya no es el foco de atracción. Estar con Cristo es ahora la parte mejor (Fil 1:23). A propósito, esto no solamente es cierto del estado intermedio, de la situación entre la muerte y la resurrección. En la resurrección de los santos difuntos y en el cambio de los creyentes que aún viven en el momento de suceder el rapto, se aplica esta misma promesa: «(...) y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts 4:17).

4. Este lugar se llamará en adelante Paraíso, como el equivalente celestial del jardín del Edén. Está situado en el tercer cielo, en la misma morada de Dios. Por lo tanto, es el Paraíso de Dios según Apocalipsis 2:7. Lleva el sello de la perfección divina; no puede ser destruido por el hombre, como lo fue el paraíso terrenal.

5. Aquí falta, pues, el árbol del conocimiento del bien y del mal y la tentación de pecar. Cristo está allí como el verdadero Árbol de la vida, y el Espíritu Santo está allí como la fuente de agua viva (Jn 4:14-24; 7:37-39; Ap 22:1-2). La sed y el hambre del corazón son satisfechas en todos los sentidos. Los que han dormido en Jesús ya son indeciblemente felices en presencia de Dios (2 Co 12:2-4). Oyen palabras gloriosas, que un hombre en la tierra no puede llevar a sus labios. Pablo fue transportado allí como «un hombre en Cristo», al lugar de todos los que están unidos a Él, el último Adán.

Mujer, ¡he aquí tu hijo!

Queremos ocuparnos ahora de la tercera palabra pronunciada desde la cruz, la cual dirigió el Señor a su madre y a Juan, el discípulo amado: «Viendo, pues, Jesús a su madre y al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: mujer, ahí tienes a tu hijo. Entonces dijo al discípulo: he ahí a tu madre. Y desde aquella hora, aquel discípulo se la llevó a su casa» (Jn 19:26-27).

Esta tercera palabra de la cruz no va referida a los enemigos de Cristo, sino a Sus amigos y seguidores. Solamente hubo unos pocos fieles que le siguieron y permanecieron junto a la cruz. En el evangelio de Juan, se les menciona por su

nombre. El discípulo amado dio apoyo moral a María en el sufrimiento que atravesaba su alma, como Simeón había profetizado (Lc 2:34-35). Él sería ahora su apoyo y futura compañía, para que el dolor de ella fuera aliviado. El Señor les dio a ambos el lugar que debían ocupar tras Su fallecimiento. María recibió un hijo que la cuidaría, y Juan una madre amorosa.

Así es todavía hoy entre los seguidores de Cristo. Él nos muestra el lugar adecuado en que debemos estar, y es su deseo que nos apoyemos mutuamente. En la familia de los hijos de Dios, uno no puede vivir solo, sino que compartimos nuestras alegrías y penas. Y es el Señor quien determina el lugar que debemos ocupar en relación con los demás miembros de la casa de la fe y la responsabilidad que debemos asumir.

Juan nos habla de manera extraordinaria en su primera epístola sobre las relaciones mutuas dentro de la familia de los hijos de Dios, viniendo a mostrar claramente que no todos los creyentes ocupan el mismo lugar. Hay jóvenes, niños pequeños en la fe, que acaban de conocer al Padre y las alegrías de la infancia, así como la posición exaltada de hijos. Otros han crecido espiritualmente y se han hecho fuertes en el conflicto con el maligno. Sin embargo, los que son aún jóvenes todavía necesitan ciertos consejos.

A otros se les llama padres, porque a su vez han llevado las personas a Cristo y, como padres en Cristo, dan atención y cuidado a sus hijos espirituales. A ellos el apóstol no les da más consejos (ver 1 Jn 2). Basta con que conozcan al que es desde el principio y vivan en constante comunión con el Padre y el Hijo. ¡Qué privilegio que el propio Señor nos asigne un lugar de bendición en la casa de Dios!

Padre, en tus manos...

La quinta y sexta palabras desde la cruz están en Juan 19, y la séptima y última en Lucas 23. El final de la vida de Cristo se describe brevemente en Juan 19:28-30. Aquí encontramos por primera vez una exclamación del Señor con el fin de cumplir las Escrituras: «Tengo sed» (cf. Sal 22:16 y Sal 69:22). El Señor había rechazado el vino agrio justo después de la crucifixión, porque se trataba de un anestésico.

Pero después de terminar la obra – Jesús sabía que ahora todas las cosas estaban cumplidas, dice Juan –, el Señor pudo expresar sus sentimientos y deseos humanos. Y lo hace con el propósito especial de cumplir las Escrituras, de modo que todas las profecías mesiánicas se hubieran realizado en vida de Él y en Su muerte.

Después de tomar el vino amargo, dijo: «¡Consumado está!» La gran obra de la redención se había realizado y las Escrituras se habían cumplido. «E inclinando su cabeza, entregó su espíritu en las manos de su Padre» (Jn 19:30). Esta es la entrega independiente y voluntaria de su alma a la muerte. Tuvo el poder de entregar su vida. Y al hacerlo, según Lucas, siguió gritando con voz fuerte las palabras «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23:46).

Esta es la séptima palabra de la cruz. Y cuando hubo dicho esto, murió. Por eso, tanto la primera como la última palabra dichas desde la cruz comienzan con el término íntimo «Padre». El que habla aquí es Aquel que lo ha realizado todo, Aquel en quien encontramos toda nuestra salvación.

El mártir Esteban imitó, al morir, el ejemplo del Señor, y sus palabras reflejan la primera y la última palabra de la cruz: una palabra de perdón y una palabra de fe (Hch 7:54-60). Él entregó su espíritu en manos del Señor glorificado, que estaba a la derecha de Dios para recibirlo en su presencia celestial.

